

CIEN AÑOS DE DEVOCIÓN

Oscar Alonso

(*TodoMaría*, septiembre 2000)

La historia de nuestra familia en estas tierras comienza con dos inmigrantes europeos que, a fines del siglo pasado (o sea, el 19), llegaron al país huyendo de las hambrunas que asolaban al viejo continente¹.

Italiano uno, español el otro, no se conocían antes de arribar a la zona rural del oeste de la provincia de Buenos Aires. El italiano, Carmelo Paterino, fue sastre y se estableció en el pequeño pueblo de Timote (Carlos Tejedor), donde formó su familia. El español, Antonio Alonso, hizo lo propio en la ciudad de Lincoln, donde fundó un hotel que administró por varios años.

A principios de siglo Carmelo se casó con una argentina, Ana Orlando y tuvieron nueve hijos, entre ellos Irma (Tita), quien sería mi madre.

Antonio, por su parte, contrajo matrimonio con Raquel Falabella, y engendraron dos hijos varones, Rogelio, que sería mi padre, y Manuel.

¹ [Nota del Editor] Este artículo fue escrito en el año 2000. Unos años después murieron Susana y Agustín, esposa e hijo de Rogelio.

En el caso de Susana, su deceso en olor de santidad, se produjo un Domingo de Ramos, y en los momentos posteriores se registraron numerosos prodigios y conversiones. Sobre el Tte. de Fragata Agustín Alonso, su muerte en acto de servicio en un accidente aéreo, dio lugar a un sin fin de circunstancias especiales. De espíritu intensamente mariano, él solía ir a rezar en la nave derecha de la Basílica de Luján. Precisamente en ese lugar, una placa de la Armada y sus camaradas testimonia el reconocimiento al caído por Dios y por la Patria.

Las sepulturas de madre e hijo están ornadas con vitrales ojivales de diseño clásico cuyo motivo principal es Nuestra Señora de Luján.

Por lo descripto, los miembros de la familia Alonso creen fervientemente que «esta historia continúa...».

De la abuela Raquel –tempranamente fallecida– siempre se destacaba su carácter cristiano y acendrada devoción mariana. Durante años colaboró en Lincoln con las religiosas Hijas de María, que ejercieron su apostolado en aquella región.

En tanto la abuela Ana era devotísima de la Virgen de Luján e inculcó en su familia esa confianza en Ella; en su casa siempre hubo un cuadro de esa advocación.

Cada tanto se recordaba en las charlas familiares una gracia inmensa que otorgó María. En la segunda década del siglo Ana estaba embarazada de la que después fue Yolanda. Embarazo problemático, con riesgo de aborto espontáneo o natural. Un día, ya avanzado el embarazo, fueron tan grandes las pérdidas que el médico le advirtió que no pasaría esa noche sin que se produjese el aborto; y recomendó reposo absoluto, porque corría riesgo su vida. No bien se fue el médico, mi abuela Ana, desoyendo el consejo, bajó el cuadro de la Virgen, prendió una vela y arrodillada rezó con mucho fervor un Rosario por su criatura. Horas después desaparecieron las pérdidas y Yolanda se salvó, siendo con los años madrina de Rogelio.

María, siempre María

Pasando el tiempo Tita –hija del italiano– conoce a Rogelio –hijo del español– con quien, luego de unos años de noviazgo, contrae matrimonio. De esa unión nacimos dos hijos varones, Rogelio y Oscar. Mi padre era empleado de la sucursal Lincoln del Banco de la Nación Argentina y se opuso siempre a que mi madre trabajara. Como era usual en aquellos años, la mujer debía cuidar de la crianza y educación cristiana de los niños. Mi madre así lo hizo y en la casa siempre se conservó la tradición: un espacio de alguna pared destacada estuvo reservado al cuadro de María de Luján.

Siendo yo muy niño enfermé gravemente, con riesgo de muerte. Mi madre, como antes lo había hecho la abuela, me confió a la Virgen de sus amores.

Tanto en el hogar paterno como en el grupo de amigos y familiares se cultivó siempre la devoción hacia María de Luján; cada tanto, se organizaban contingentes para visitar la Virgen. Así fue como los más chicos conocimos la ciudad, la Basílica, el Descanso del Peregrino...

Cuando ya mayores mi hermano y yo abandonamos Lincoln y nos trasladamos a La Plata a realizar estudios universitarios, mi padre Rogelio solicitó de inmediato cambio de destino, buscando una sucursal bancaria cercana a la ciudad de las diagonales, a fin de estar más cerca nuestro. Los años pasaban y la resolución de traslado no se efectivizaba, pese a que eran varias las opciones propuestas.

Finalmente mi padre abordó un micro que lo llevó a Luján, con el exclusivo propósito de pedirle a la Virgen la gracia de un traslado laboral que le permitiera estar más cerca de sus hijos. Allí en la Basílica, frente a la Virgen Gaucha, oró por esa intención. Luego, emprendió el regreso a Lincoln.

Exactamente cinco días más tarde recibió la comunicación de las autoridades del Banco, otorgándole la petición y destacando su nuevo destino laboral: la sucursal de... Luján.

De tal gracia resultó que Rogelio y Tita a fines de 1965 se trasladaron a la ciudad de la Virgen, donde cuatro años más tarde habría de fallecer mi padre. Allí descansan sus restos.

Pese a su solitaria viudez, mi madre decidió quedarse a vivir en Luján durante varios años. En los círculos de amistades que cosechó allí siempre repetía la alegría que representaba para ella poder estar en la ciudad de la Virgen. Se lamentaba también de la apatía burguesa que vislumbraba en ciertos sectores sociales de la ciudad. «Cómo no amar a la Virgen teniéndola tan cerca», repetía con dolor.

Hilos celestiales

Extrañamente, los lazos familiares comenzaron a converger sobre la ciudad. Primero fue una hermana suya que resolvió con su esposo establecerse en Luján, para estar más cerca de Tita. Luego mi hermano Rogelio se enamora de una lujanera que estudiaba en La Plata. A los pocos años de casados ambos se radican en las proximidades del río Luján.

La parte de nuestra familia que quedó en Lincoln no se apartó de ese sino que los designios celestiales forjaron para todos. En ese caso fue el nieto de Manuel, Alejandro, que al nacer fue víctima de crueles virus que se enseñaron con su cuerpiño. Durante veintidós días la muerte rondó la sala de terapia intensiva en forma de impresionantes convulsiones y paros

cardíacos. La criatura estaba ya desahuciada cuando manos piadosas sostuvieron Rosarios que se rezaron «en cadena» en toda la ciudad. María intercedió y aún hoy los médicos se asombran por la increíble recuperación de Alejandrino.

Decía que mi madre siguió residiendo en Luján hasta que las circunstancias de su enfermedad y la vejez determinaron que viniera a vivir con nosotros en City Bell.

Al regresar de misa una mañana encontré a mi madre, con una expresión serena en el rostro, muerta en su lecho. Falleció cómo siempre había deseado, en la placidez del sueño, ya que no quería importunar a nadie con largas agonías. Dios se lo concedió cuando estaba próxima a cumplir los 80 años.

Sucedió el domingo 7 de mayo, víspera de la festividad de la Virgen de Luján. Y al día siguiente, mientras la Iglesia y la ciudad preparaban los festejos celebratorios de la Madre Gaucha, sepultamos sus restos en el cementerio local. Al ingresar el féretro en su última morada, cantamos suavemente «Un día al cielo iré / y la contemplaré...»

Luego, todos nos dirigimos hacia la Basílica, a participar de la Misa. En ese recordado día María nos volvió a convocar a padres, hijos, tíos, sobrinos, primos y nietos. Frente a la Sagrada Imagen de La Patrona renovamos una confianza y devoción que ya comprende a cuatro generaciones de nuestra familia.